



DONCELLAS, AZOTES (¿AZORES?) Y PALAFRENES



Adiferencia de los caballeros, que montaban *a horcajadas*, las damas lo hacían *a mujeriegas*, es decir, con ambas piernas a un lado y acomodadas en un mullido sillóncito (*jamuga*) con sujeteciones laterales y respaldo trasero. Mediante dos correas, se complementaba con un reposapiés. La posición perpendicular a la marcha sólo resultaba segura con un caballo dócil y de paso tranquilo (*palafrén*), y como no facilitaba el control de la montura, requería que un mozo (el *palafrenero*) la llevase de las riendas (*de diestro*).

Esta monta era apropiada para paseo, pero las damas anhelaban participar más activamente en las divertidas actividades que los hombres practicaban a caballo, y así nació en el Renacimiento la silla de *cornetas*, con dos protuberancias que permitían a la mujer alinear sus caderas y hombros como convenía a la marcha y al control de la montura. El muslo derecho cruzaba el lomo del caballo para apoyarse sobre la corneta alta, en tanto que el muslo izquierdo se presionaba contra la corneta baja mediante el ajuste de la correa (*acción*) del estribo. Aunque esta monta facilitaba valerse de una espuela en el pie izquierdo (como usan las participantes en las populares *escaramuzas charras*), la mujer femenina y elegante solía azuzar al caballo con una fusta (*azote*).

Una de las actividades más practicadas por los grandes señores en sus fincas de campo era la caza de cetrería, como se nos presenta a la Duquesa en dQ2-30:

Sucedio pues, que... al salir de vna selua tendio don Quixote la vista por vn verde prado, y en lo vltimo del vio gente, y llegandose cerca conocio que eran caçadores de Altaneria, llegose mas, y entre ellos vio vna gallarda señora sobre vn palafren, o hacanea blanquissima, adornada de guarniciones verdes, y con vn sillon de plata. Venia la señora assi mismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma

bizarria venia transformada en ella. En la mano yzquierda traía vn azor, señal que dio a entender a don Quixote ser aquella alguna gran señora.

Y pues ya paseamos por territorio del *Quijote*, pasará a comentar la pequeña historia de una enmienda que, aunque tenía su lógica, no tuvo aceptación. Me refiero al pasaje en que el Autor se lamenta de que...

tan gallarda historia huiesse quedado manca, y estropeada, y echaua la culpa a la malignidad del tiempo, deuorador, y consumidor de todas las cosas... Esta imaginacion me traía confuso, y desseoso de saber... toda la vida y milagros de nuestro famoso Español don Quixote de la Mancha, luz, y espejo de la caualleria Manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo, y ejercicio de... desfazer agrauios, socorrer viudas, amparar donzelllas, de aquellas que andauan con sus açotes, y palafrenes, y con toda su virginidad acuestas, de monte en monte, y de valle en valle: que si no era que algun follon, o algun villano de acha, y capellina, o algun descomunal Gigante las forçaua, donzella huuo en los passados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmio vn dia debaxo de texado, se fue tan entera a la sepultura, como la madre que la auia parido. (dQ1-9; 2^a ed. de Juan de la Cuesta, planas 31v-32r)

Varias ediciones madrileñas del siglo XVIII enmendaron «azores y palafrenes» (p. ej., la de Ibarra-1771). Ya hemos visto que azote y palafrén eran consustanciales, y así, «azotes y palafrenes» pudo ser una redundancia debida a un fácil error *de caja*; pero aquella enmienda no tuvo continuidad en las siguientes ediciones. Diego Clemencín, gran comentarista del *Quijote* y buen conocedor de los libros de caballerías, anotó lo siguiente en su edición de 1833:

Con sus azotes y palafrenes.

Podiera dudarse si el original diría azotes ó azores: el cambio es fácil. En los libros caballerescos se hallan muchos ejemplos de doncellas y dueñas que dan del azote á su palafrén, así como otras veces hacen mención de damas de alta guisa, que iban en sus palafrenes con azores á caza de cetrería. En la segunda parte del Quijote, cuando después de la aventura del barco encantado encontró nuestro hi-

dalgo á la Duquesa (1), iba esta sobre un palafrén, y en la mano izquierda traía un azor. Verdad es que tratándose, como aquí, de largos viajes, hace mas al caso el azote ó látigo, que el azor.—Palafrén es voz muy antigua, que se encuentra usada ya en el Poema del Cid, libro el más antiguo que se conoce en castellano.

(1) Cap. 30.

Tan cuerdo comentario, y que se leyese «açotes» en todas las ediciones antiguas del *Quijote* (Madrid, Lisboa, Valencia, Bruselas...), dejaron establecida para siempre la lectura primitiva. Este caso ilustra muy bien por qué los editores más rigurosos del *Quijote* rechazan enmiendas ajena, por ingeniosas que sean, cuando entienden que la lectura original «también hace sentido». Incluso cuando la frase contiene alguna incongruencia constructiva fácilmente corregible, suelen anotarla como «lapsus del Autor» y mantenerla tal cual.